

# Las Lágrimas del Zafiro

Pablo



# Capítulo 1

Prólogo.

El muchacho examinó con curiosidad el libro ajado que sostenía entre sus manos. La cubierta de color verde oscuro, tenía grabadas unas filigranas en los bordes de un dorado opaco, que le daban una notable aura de majestuosidad a pesar de la cantidad de polvo y mugre que lo recubrían. Con un delicado soplo, y ayudado por la manga de su camisa, acabó de retirar la suciedad devolviéndole una ínfima parte del brillo del que en su día habría presumido.

Retiró el pequeño cierre oxidado que mantenía cerrada su cubierta, y aspiró el agradable olor a viejo que las páginas finas y ocres desprendían. Observó su contenido página tras página. Estaba escrito con una tinta oscura, que según como incidiera la luz de la antorcha sobre ella, exhibía la belleza de unos trazos rojizos y violetas, como si cada uno de aquellos pigmentos de tinta ocultaran rubíes o amatistas.

Pasó las páginas suavemente, pues el más brusco de los movimientos habría resquebrajado las delicadas hojas que se protegían en su interior, vulnerables a la humedad, al polvo y al tiempo. A pesar de que lo que había escrito en ellas le era completamente incomprendible al muchacho, admiró con la misma fascinación su contenido como si realmente pudiera leerlo. Las formas y la delicadeza con la que habían sido plasmadas cada una de sus piezas, envolvían la amalgama de letras de un misticismo que lo atraparon por completo, meciéndolo en una hipnosis a merced de su extraño contenido. No obstante, en su mente, había una pequeña parte que no estaba conforme de la misma forma en la que sí lo estaban sus ojos. Inquieta y totalmente independiente de lo demás, su mente le susurró que sus ojos lo estaban engañando, traicionando y riéndose de él. En lo más profundo de su subconsciente, empezó a escuchar una voz, una voz muda, una voz que no podía oír, pero sí sentir; cálida y reconfortante que con delicadeza, lo purgó del yugo de un sentido tan superficial como era la vista. Frente a la estantería, el joven cerró los ojos para dibujar aquella escena en un lienzo más profundo.

Al instante, comenzó a imaginarse la sala: veía los libros viejos que descansaban sobre las estanterías, cubiertos de musgo y mugre, a la vez que las rocosas paredes de la caverna sudaban y chorreaban enormes gotas resonando por toda ella como un mantra. Pero también veía el libro. De una forma mucho más brillante y lúcida de lo que se lo habían mostrado sus ojos. Aquel sexto sentido que era su Imaginación, y que englobaba y sometía a los cinco restantes, le permitía ir mucho más allá del tiempo y el espacio. Bajo sus dominios, el libro recuperó el brillo de

antaño, iluminando la caverna con sus dorados como si fuera una hoguera, y el verde de su cubierta, renació reluciente ensalzando las pequeñas esmeraldas que fuera de su reino vivían recubiertas por el polvo.

Dueño de aquel lienzo a su merced, volvió a abrir el cierre que protegía el libro, ya sin óxido ni herrumbre. Las páginas habían dejado de ser finas y delicadas, para volverse gruesas y rígidas. Su Imaginación le había devuelto la juventud al libro, y libro se lo agradeció, convirtiendo aquel lenguaje extraño que contenía, en uno que el muchacho pudiera comprender. Aquel fenómeno, que sentía en las cavernas más profundas de su mente, le revolvió el estómago y lo sacó de su trance sobresaltado y con náuseas.

Abrió de nuevo los ojos, que agarraron el timón, devolviéndole a la realidad superficial. La estancia seguía estando llena de mugre y humedad, las gotas seguían repicando en los charcos que enfangaban el suelo y sobre los libros viejos esparcidos por barro, a excepción del libro que sostenía entre sus temblorosas manos, que seguía radiante. El aliento se le heló al ver que sus letras, se habían reordenado tal cual lo habían hecho en su Imaginación.

“Para tí,

para el primero de tu Ciclo.

Para tí,

El regalo del mundo.

Para tí,

el conocimiento,

Que para mí fue desmesurado.

Bailé con los Dioses,

con Lúmen, Treya y Krea,

Descendí a la locura,

con Télune, Mera y Freia.

De su bondad traicioné su deseo,  
que por su gracia sentenciaron mi plea.

Que mis memorias te guíen.

Que mis memorias hagan justicia,

Que para tí,

el primero de tu Ciclo,

te convierta en el primero,

y el último”

El muchacho se retiró la capucha, dejando caer sobre sus hombros una larga y cuidada cabellera de color dorado cobrizo, y leyó aquellas palabras en su cabeza con tanta solemnidad, que a pesar de que no articuló ninguna de ellas, el eco retumbó en la caverna.

De forma espontánea, una luz anaranjada trascendió desde su Imaginación hacia el mundo despierto, al mundo tangible bajo el dominio de sus ojos. Revoloteó alrededor de él, que la seguía con la mirada. Con gracia, la luz se posó en el aire a escasos centímetros del fango, y floreció, revelando una pequeña esfera rojiza en su interior muy similar a una llama, pero que latía sincronizada con el ritmo de su corazón, que se aceleró, al mismo tiempo que lo hacía la llama.

Con una mezcla de curiosidad y miedo, el muchacho acercó su rosada mano a la esfera y trató de cogerla, pero sus dedos la atravesaron como si fuera un espejismo. Sintió frío.

Una chispa se encendió en sus ojos, que al igual que su piel, le estaban engañando. Sentía que la traición podía aplacarse bajo el calor de un sentido mucho más profundo y verdadero, un sentido capaz de gobernarlos a todos.

Dejó el libro en el suelo, con cuidado de que no se enfangara con los enormes charcos que lo rodeaban, y se puso de cuclillas frente a la llama. Tratando de llamar de nuevo a su nuevo aliado, cerró los ojos y dibujó de nuevo la estancia en su mente. Lo hizo con suavidad y soltura. Las náuseas volvieron a tratar de azotarle, pero mediante el control de su respiración consiguió domarlas. Consiguió plasmar en su mente todos los

detalles que lo rodeaban, desde la pizarra de las paredes, hasta la llama que palpitaba al ritmo de su corazón. Su Imaginación se hizo más poderosa e inquebrantable, y sublevó al sentido más terco de todos; el Oído, que le regaló una voz fina y frágil que salía de la esfera.

La voz suave y delicada, se desnudó dentro de su cabeza sólo para él, susurrándole al Tacto que se estremeciera con cada palabra articulaba. El idioma le era completamente desconocido, pero eso no le impidió disfrutar de sus armónicos. El joven forzó a su nuevo sentido, y se imaginó alargando el brazo para tratar de coger de nuevo la esfera. El Tacto cayó rendido, y el frío que había sentido segundos atrás se convirtió en un calor agradable, y consiguió agarrarla en lugar de atravesarla. Con sumo cuidado, y rodeándola con su palma, trató de arrancarla del pétalo de luz que la protegía. La voz se tornó al instante estridente, como si aquel acto estuviera atentando contra su integridad, y vaciló, retirando la mano.

Con un sonido suave y aterciopelado, la Luz le susurró algo que su mente interpretó con un gracias. Abrió de nuevo los ojos y vio como las letras se reordenaban de nuevo en el libro:

“Que la fina línea que te separa de la Semilla,

desaparezca al entender la majestuosidad de su existencia.

A tí,

al primero de tu Ciclo.

A tí,

al último.

## Capítulo 2

### Capitulo 1 "Lágrimas de sangre"

Aquella mañana comenzaba para mí como una extensión de la noche. Me había quedado despierto, acurrucado sobre una silla astillada al lado de la cama de mi madre, muerto de frío y lo más pegado a la vela que pude. A pesar de que mi madre no distaba prácticamente nada de un cadáver, su vida todavía pendía del hilo que había tejido Délunor, y que a duras penas podía seguir sujetando.

Aquella noche había sido la fecha límite que me había dado el chamán, pero por suerte, conseguí con fe y astucia alargarle unas horas de vida más. Rebañando con agua el interior de las decenas de frascos vacíos que tenía de Vídiun, arrastré los pequeños grumos que se habían quedado adheridos a las paredes del cristal, lo que me dio un pequeño margen disfrazado de milagro.

Pasé la noche tiritando, arropado únicamente por un trozo de arpillera que días atrás había sido un saco de patatas. A pesar de que mi madre no respiraba, no sentí en ningún momento que estuviera realmente muerta, pues mantenía esa sonrisa indoblegable que lucía en vida, al igual que el brillo en su piel y la vitalidad de su cabello cobrizo.

La piel de los Zuruks era muy distinta a la de los humanos, la de ellos era blanca y fina, delicada como la raíz de un brote, mientras que la nuestra era gruesa y verde, a veces cubierta de grotescas ampollas y humedad. Sin embargo, la de mi madre era una mezcla de ambas; su piel se volvía fina y suave con el frío, y su verde pálido y brillante, la hacía hermosa y exótica a los ojos de los Zuruks.

Me quedé toda la noche en vela, observándola con la imagen de su cuerpo envidriada y difuminada por las lágrimas que se me habían acristalado alrededor de los ojos. Recordé durante horas entre sollozos todas las historias de juventud que me había contado disfrazadas de cuentos. Traté de recordarlos durante aquellas largas horas, a la vez que rezaba por que los grumos del frasco hubieran sido suficientes hasta que llegara el alguacil de Taris con la paga para comprar más Vívidum. Recordé todas las historias que pude, pero especialmente las de como Rensha hacía enfadar a los pálidos, flacuchos y estirados ciudadanos de Taris, cuya protagonista era realmente ella con otro nombre.



Cada tres historias, comprobaba que su sangre seguía siendo roja con un pequeño pinchacito en los dedos, sacaba la cabeza por la ventana para calcular la altura de la luna, y volvía a sumirme en los recuerdos de mi madre. Lo que más me reconfortó no era que su sangre hubiera mantenido el color escarlata durante toda la noche, si no que su expresión cambiara a medida que yo mismo iba recordando sus historias. Me escuchaba, yo lo sentía, y ella me respondía.

Cada vez que mencionaba a Rensha la blasfema, esbozaba una sonrisa que pudo preceder en varias ocasiones a una enorme carcajada de haber podido hacerlo. Con la del dragón de Terasil le tembló la expresión y trató de llorar, al igual que con la de Adea y Runen, por lo que rápidamente cambié a la de Muren y el bardo, pero era la que con más lagunas recordaba.

Llevaba cinco días sin dormir velando a mi madre, que duramente compaginaba con el encargo de la Capital. Lo único que me mantenía despierto por la noche era el tembleque que me producía el frío, al igual que el dolor que sentía cuando la humedad calaba y envolvía por completo mis huesos. Al acordarme de que al salir el sol tendría que volver al trabajo en la fragua, se mantenía también viva la esperanza de darle el calor a mi cuerpo que necesitaba, a pesar de ser excesivo. Pero el frío también lo era. El cansancio rozaba lo enfermizo, y el trabajo se acumulaba, hasta la quinta noche, la que iba a ser la última.

Anhelé el futuro durante las dos últimas horas antes de que saliera el sol, el momento que tanto tiempo había estado esperando. Me imaginé la escena y lloré de alegría, y de varias cosas más, pero sobretodo de alegría.

Una hora antes de que el primer rayo de Sol se refractara entre la mugre del cristal de la ventana, la imagen de la victoria que me estaba haciendo empezó a difuminarse. Los movimientos que hacíamos los protagonistas se ralentizaron, como si nos pesaran los pies. Me estaba quedando dormido, y si los grumos dejaban de actuar, y mi madre moría sin poder despedirme, jamás me lo perdonaría, por lo que empecé a pensar de forma más efectiva.

Repetí el proceso que había llevado a cabo ya ocho veces; le pinché con la aguja, saqué la cabeza por la ventana, y comprobé la luna, con la diferencia de que aquella vez no volví a las historias ni a mi imaginación, pues no les quedaba nada que ofrecerme lo suficientemente excitante como para mantenerme despierto, así que utilicé a mi favor la realidad práctica de la cual me evadía con tal de mantenerme despierto. A pesar de que era un calvario, me senté en el alféizar de la ventana, a merced del frío que me mantenía aferrado al mundo despierto como un clavo

ardiendo.

Iluminado por los primeros rayos del Sol me aseguré que no quedaba un solo hueco alrededor de ella que el frío pudiera atravesar, y comprobé por décima y última vez que seguía viva. Salí de casa como un rayo a cobrar lo que me pertenecía tras cinco largos meses de trabajo en la fragua. Por primera vez en el último mes, sentí aliviado como se deshacía el enorme nudo que ya prácticamente convivía conmigo como si fuera de la familia.

Corrí como pollo sin cabeza por las calles arenosas del rabal de Tavis en dirección a la Plaza de la Bóveda, donde se nos había citado a todos los trabajadores para pagarnos públicamente lo que nos correspondía. Esquivé la mayoría de espaldas de Zuruk que pude, pues en aquellas estrechas calles repletas de comercios y basura, solo cabían dos Zuruks. Y a los que iba golpeando, les pedía disculpas con tal de evitar un puñetazo que probablemente en mi estado me hubiera desmontado.

En los cruces vi a más como yo que corrían mugrientos en dirección a la oficina. Pasábamos hambre, frío y sufríamos bajo la crueldad de las enfermedades, y algunos las tres a la vez, por lo que cualquier moneda de oro, o incluso de cobre nos sacaría de un apuro. Corríamos como perros hambrientos hacia la mano que nos había sentenciado a vivir así, a lamerla como esclavos disfrazados de gente libre, pero aquellas dos monedas y media que nos habían prometido, salvarían a mi madre y probablemente a las de muchos otros.

Llegué jadeando al Puesto fronterizo, justo al borde del Rabal, el cual conectaba con el interior de las murallas de Tavis. Estaba vigilado por los remilgados caballeros en armadura que se encargaban de que la escoria como nosotros no cruzara las santas puertas del estercolero brillante y perfumado que era la Capital. Habría escupido al llegar al lugar, o incluso habría untado de heces el terciopelo azul que recubría la cresta del casco de los guardias, pero necesitaba las dos monedas y media que me iban a pagar. Ni una moneda más, ni una menos, pero una más habría sido mejor que tener una menos, así que me comporté al llegar.

Fui el primero, lo cual me sorprendió, aunque repasando el motivo por el que lo necesitaba y lo hasta el cuello que estaba, dejó de hacerlo al instante. A los diez minutos empezaron a llegar los que había visto correr unas calles mas a los lados, igual de mugrientos que yo. La escoria éramos la primera en llegar. La miseria y el dolor era el combustible más poderoso que existía, pero también el más peligroso y capaz de hacer enloquecer con más facilidad, y nosotros rebosábamos de eso, al igual que de esperanza y trabajo duro, por lo que los miré con respeto y les saludé con una leve inclinación de la cabeza.

No me gustaba la Frontera a pesar de la majestuosidad de la obra arquitectónica, pues para mí representaba el poder de los humanos por



encima del nuestro, algo que distaba por completo de mi opinión.

La Frontera era una enorme bóveda excavada en la muralla, con dos puestos de vigilancia a los lados, y un edificio ostentoso en el que la guardia de Taris se reunía y debatía los asuntos de guerra. Me acerqué con cautela al puesto para pedir información. Aquel día la vigilancia era mucho más fuerte, cada uno de los puestos albergaba a cinco guardias de espaldas anchas. Si no fuera por el color de su piel, perfectamente podían haber sido Zuruks.

Me acerqué con cautela a uno de ellos, que pasaba por la plaza patrullando el perímetro. El soldado me miró de arriba a abajo con una mezcla de recelo y asco, e hizo un ademán de continuar con su marcha e ignorarme, pero instintivamente algo dentro de mí movió mi brazo, que lo detuvo agarrándole con brusquedad del suyo. A pesar de que aún era joven, y si quiera todavía tenía los colmillos lo suficientemente grandes como para imponer algún tipo de respeto, el guardia se llevó la mano a la cintura sobre la empuñadura de su espada.

— Disculpe — le dije soltándole al instante al ver que se había detenido con la intención de reducir mi amenaza.

Me volvió a mirar de arriba a abajo sin soltar la empuñadura, y me hizo un gesto con la cabeza para que le preguntara lo que tenía que preguntar antes de robarle más de su valioso tiempo.

— Vengo a cobrar mi parte del encargo. — traté de informarle lo más suave que pude a pesar de que habría le gritado y lo habría estampado contra el suelo. Era casi más grande que él, y de haber estado en igualdad de condiciones, habría podido hacerlo.

Como si tuviera prohibido dirigirme la palabra, me hizo un gesto perezoso con la cabeza para que lo siguiera. El resto de los que acababan de llegar y curioseaban nuestra conversación, nos siguieron hasta el puesto donde estaban el resto de soldados, jugando a las cartas y emborrachándose.

El que tenía la armadura distinta al resto, de un color más brillante y con alguna que otra medalla colgando del pecho, le preguntó a su compañero sin dejar de mirar las cartas:

— ¿Que quiere?

— Dice que cobrar su dinero.

Con el rabillo del ojo, el hombre me dedicó una mirada, pero seguían interesándole más las cartas.

— Es muy joven, no creo que lord Prevan lo haya contratado. — con una sonrisa soltó las cartas sobre la mesa, y se llevó todas las monedas de oro que habían apostado.

Con aquello podría haber pagado a todos los que trabajábamos en la fragua.

El hombre dejó que su compañero volviera a barajar las cartas, y me lanzó una moneda de cobre por encima de mi cabeza. Una muchacha Zuruk igual de andrajosa que yo la recogió del suelo y me la dio, pero no la acepté.

—¡Y ahora largo! —gritó amenazante.

Me pasé la lengua alrededor del colmillo que ya había empezado a atravesarme las encías. Llevaba días haciéndolo, me aliviaba el dolor que me producía, pero en aquel momento no lo hice para menguar el dolor.

— Le harán falta un par de monedas más como esa para pagar la deuda que tienen conmigo. — le informé enseñándole las quemaduras que tenía en el brazo. Algunas me habían fundido la piel, marcándola con grotescas cicatrices de ampollas reventadas, y otras todavía las tenía cubiertas por burdos y probablemente infectados vendajes de lino. Sin miedo alguno, saqué mi contrato y lo puse sobre la mesa. —Aquí pone dos monedas de oro y cincuenta de plata. —le señalé justo donde lo ponía —Le harán falta doscientas cuarenta y nueve más de bronce para saldar su deuda, señor. — hice un énfasis bastante marcado en la palabra "señor", torciendo mi cuerpo en una débil reverencia.

Los otros cuatro guardias que estaban participando en la partida se echaron a reír.

— La bestia sabe contar mejor que alguno de nosotros. — dijo riendo el más joven de ellos, a la vez que barajaba las cartas. —Sigo pensando que se les instruye demasiado. —volvió a reír.

El que me había tirado la moneda se levantó de la silla, había captado su atención. A medida que se levantaba, se puso a mi altura, y la sobrepasó con creces. Me arrancó de las manos el contrato, cargó un esputo del tamaño de un puño, y lo escupió sobre el punto que gentilmente le había señalado. Se sacó del bolsillo otra moneda de cobre, y me la estampó en el pecho.

—¡Y ahora largo de aquí! —gruñó.

Suspiré tratando de purgar la ira que revoloteaba inquieta en mi pecho.

Pensé en mi estado físico y lo que me jugaba. Me controlé.

Yo era muy distinto al resto de Zuruks, que habían fomentado con sus acciones todo tipo de prejuicios sobre nuestra irascibilidad, por lo que yo usé la cabeza anteponiendo la razón a los instintos.

Nos interrumpió un destacamento de soldados que apareció bajo la Bóveda, al lado de los cuales caminaban los Capataces de los Gremios del rabal. El gentío que ya se había convertido en muchedumbre, y que observaba en silencio como encaraba al guardia, se volteó hacia ellos.

Los Zuruks caminaban cabizabajos al lado de los guardias, tratando de esconder una maraña de sentimientos que percibí como de culpa y remordimiento, a excepción de Lorhen, del Gremio del roble, que caminaba con la cabeza bien alta y erguida, como si ni el más fuerte de los vientos pudiera torcer su dirección ni un solo centímetro.

Al atravesar la bóveda se colocaron en fila horizontal, con el ejército justo detrás cubriéndoles las espaldas frente a la muchedumbre. Lo de muchedumbre era subjetivo, pues para los Tarisinos sí lo era, pero para los capataces éramos sus trabajadores, e incluso para algunos su familia.

El guardia que me había amenazado se retiró para colocarse en la fila, y escupió en el suelo a modo de despedida. Yo eché la vista atrás, y vi que la plaza ya se había llenado por completo, no cabía ni un alfiler, pero gobernaba el silencio, muy probablemente por que nadie tendría energías para hablar. Muchos se habrían quedado con la suficiente como para extender la mano, y sujetar las dos monedas de oro. Todos querían cobrar el precio de su sudor, y en algunos casos el de su sangre.

Rorhen del gremio del Aceite, había perdido su hijo al caerse en una olla llena de barniz hirviendo, una muerte mucho más suave que la de su primo Rust en el del Acero, atravesado por la nariz bajo la punta afilada de una de las puertas de acero que los humanos le habían encargado. Estuvo vivo más de media hora con el hierro atravesándole la mitad de la cara ahogándose con su propia sangre. Su padre, que también estaba trabajando, se desgarró los músculos tratando de levantarla, pero para cuando pudieron sacarle el hierro Rust ya estaba muerto.

Todos querían cobrar el precio de la encomienda de Palacio. El corto plazo con el que nos habían impuesto semejante tarea, había sido como un castigo para nosotros. El frío intempestivo del invierno, y las horas de sueño que tuvimos que quitarnos para poder acabar a tiempo, mermaron nuestras capacidades como artesanos, provocando un aumento en los accidentes, e incluso muertes por cansancio. Y yo sumando lo de mi madre, había estado al borde de desfallecer.



## Capítulo 3

### Capítulo 2 "Confianza"

La plaza de la Bóveda era como una olla a presión, sobretodo con semejante cantidad de Zuruks reunidos en ella. Aunque teniendo en cuenta la envergadura media de uno de nosotros, con la mitad de la cantidad que allí se había congregado, también hubiera producido el mismo efecto abarrotado y falta de aire. Sin embargo, guiado por el cansancio, el frío, el hambre y la necesidad de cobrar, reinó el silencio.

En fila horizontal, se encontraban los Capataces Zuruk salvaguardados desde la retaguardia por la Infantería de Tavis. Los puestos de vigilancia laterales y la parte superior de la muralla, estaban completamente cubiertos de arqueros con el arco apoyado sobre el muro, y por la postura que mantenían, estaban preparados para usarlo si era necesario.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—¿Por qué hay tantos guardias? —murmuraba la muchedumbre. —¿Y el Tesorero? —se preguntaban otros.

Lo único que queríamos era cobrar, y para eso no hacían falta la misma cantidad de guardias que se necesitaban para detener un asedio, a no ser, que no fuéramos a cobrar, y por ende se vieran forzados a detener un asedio.

Sentí un codazo en las costillas de un Zuruk que trataba de captar mi atención.

—¡Tss! —siseó un muchacho cubierto de grasa y heridas en la cara. —Mira ahí arriba.

Levanté la vista hacia la muralla, pero no vi nada raro a parte de los arqueros, que ya de por sí era extraño.

—Son Moldeadores. —me informó el muchacho señalándome justo detrás de la fila de arqueros. —¿Que cojones hacen aquí? —me preguntó con una voz grave pero débil.

El escalofrío se intensificó, y la última pieza que faltaba en mi puzle encajó.

—Me da a mí que no vamos a cobrar. —le dije tratando de contar la cantidad de Moldeadores que se escondían tras los arqueros. —Son diez, y solo diez encima de la muralla, a saber cuantos más hay detrás —le dije

señalándoles todos los que pude.

Aquel muchacho maldijo agitando los brazos, que golpearon a un Zuruk que tenía justo al lado. La mole se giró hacia él amenazante, mostrando sus enormes colmillos, pero se contuvo al recibir rápidamente una disculpa.

A mi alrededor, cientos de desgraciados más intercambiaban miradas cada vez más nerviosas, y se comenzaron a formar pequeños grupos de discusión. Los murmullos gobernaron aquellos minutos en los que los soldados y los Capataces desfilaban por la bóveda y se colocaban frente a la muchedumbre.

Precedido por un rugir de trompetas, un hombrecillo cruzó la bóveda a lomos de un musculoso corcel de color blanco. Llevaba una túnica elegante con bordados dorados en los hombros y a la altura de las costillas, sobre un fondo azulado y magenta, ondeando con orgullo los colores de Taris. Ondeaba de forma petulante y orgullosa una ridícula pluma azul sobre su cabeza, mientras dibujaba una sonrisa afilada con la que nos agraciaba.

—¡Es el Tesorero! —empezaron a gritar aliviados a mi alrededor.

Dibujada por el hambre, y como si fuera un espejismo, la figura del Tesorero les devolvió las esperanzas y la alegría aquellas gentes que para él distaban del valor de una hormiga.

Se bajó del caballo con un ligero y elegante movimiento al lado de los Capataces, y se dirigió a nosotros.

—¡Mis queridos hermanos de aterciopelada piel verde! —los aires de superioridad que ostentaba empezaron a hervir mi sangre. —Me complace anunciaros, que estamos muy agradecidos por el trabajo duro que habéis demostrado saber gestionar y soportar. Gracias a vuestro esfuerzo, ¡Taris es la madre de la más grande y majestuosa de las catedrales de la Kateshka! —se escucharon algunos gritos alabando las palabras del Tesorero. —Así que en agradecimiento y por orden de la Corona, duplicaremos las monedas de oro que se estipulaban en vuestro contrato como prima.

La muchedumbre al unísono quemó el último resquicio de fuerzas que le quedaban y rugieron durante dos largos minutos hasta desgañitarse. Con el rabillo del ojo eché un vistazo a los capataces, que permanecían en silencio al lado del Tesorero, cabizbajos y con la misma expresión de culpa y arrepentimiento que habían mantenido mientras atravesaban la bóveda, a excepción de Lorhen, que mantenía la cabeza alta y rígida.



El Tesorero hizo un gesto vago con las manos para que el populacho se calmara. El escalofrío no cesó.

—No obstante queridos primos lejanos —continuó el Tesorero— al igual que modificamos la recompensa por vuestro trabajo, también nos vemos obligados a modificar la fecha del pago. A posponerla.

El pueblo no rugió. Algunos de los zoquetes que no habían entendido a que se refería, trataron de volver a rugir, pero no les quedaban más fuerzas. El silencio volvió a reinar en la plaza.

—Nuestros vecinos del norte del Salto, se han empeñado en que el Zafiro de Taris les pertenece, por lo que debemos desviar nuestros recursos económicos a defender la Capital de sus constantes intentos por acercarse a nuestras tierras. —la voz del Tesorero seguía siendo firme y lo más persuasiva que podía ser. — No obstante, siguiendo los estatutos del Tratado de las Cuatro Puntas, bajo los cuales tanto los Tarisinos como los Pueblos de Salto nos regimos, si conseguimos defender el ataque seremos poseedores legítimos de sus títulos y sus tierras, a ojos de la Tríade. —el hombrecillo, que parecía ridículo al lado de los Capataces tragó saliva y alzó los brazos. —¡Por lo que podremos pagaros hasta el doble como recompensa tras vencer!

Los Zuruks volvieron a rugir con más intensidad que antes, y el Tesorero volvió a tratar de calmarlos con desdén.

—¡Silencio queridos Pielas Verdes, que aún queda la mejor parte! —esperó a que callaran —Como han sido ellos quienes han violado el Tratado, reclamaremos todos y cada uno de sus títulos y tierras, y como ya sabéis, ellos tienen muchos títulos, y nosotros ya tenemos muchas tierras, lo cual quiere decir Zuruks, que por cada cabeza de noble que traigáis clavada sobre una pica, podréis adquirir dicho título.

A pesar del estruendo que retumbaba en la plaza provocado por los rugidos y las alabanzas que como títeres coreaban, yo permanecí en silencio y cabizbajo. Y aunque también tenía la vista y la mente nublada por el cansancio y los problemas, sentí que aquello era demasiado bueno para ser verdad, de hecho, ni siquiera era bueno. No nos pagaban y encima nos querían enviar a la guerra, y aún así, seguíamos cayendo en sus engaños.

Observé abstraído al muchacho que minutos atrás me había advertido de los Moldeadores, al cual parecía habersele olvidado ya su presencia, y solo relucía en sus ojos la comida y un techo caliente bajo el que dormir. No lo culpé, pero para mí aquello no era bueno ni aunque fuera verdad. En dos días llegaría mi hermano con la medicina para mi madre desde Rúbeah, pero sin el dinero que se me había prometido, no podría para comprarle el

último frasco de Vívidum que necesitaba para mantenerla viva.

La obra de teatro que con tanta galantería y desparpajo estaba protagonizando el Tesorero, a mí me repugnaba, así que decidí salir de allí. Necesitaba pensar como conseguir otro frasco antes de hacer cualquier tontería.

Me dí la vuelta mientras el Tesorero seguía recitando aquel guion astuto, y traté de abrirme paso entre los Zuruks de vuelta a casa.

—¡Y ahora! —exclamó como si estuviera a punto de presentar un espectáculo, y a los Zuruks nos encantaba el espectáculo. —¡El veredicto de vuestros queridos Capataces, vuestros líderes menores! —el Tesorero hizo un gesto señalando a la muchedumbre. —Vosotros tenéis hasta mañana al amanecer para firmar vuestro destino. Podéis esperar aquí en vuestras casa a que se acabe la guerra y que se os pague el doble de lo prometido, o luchar junto a nuestro noble ejército y convertirnos en los primeros Zuruk con un tierras más allá de estas mugrientas chozas que llamáis hogar —volvió la vista hacia Gormak —¿que opción eliges, Gormak? ¿Quedarte y cobrar doble, o luchar y prosperar?

El enorme Zuruk, engalanado con el color de su Gremio del Ladrillo, el naranja y el negro, se arrodilló frente al Tesorero.

—Elijo luchar y prosperar, mi señor. —dijo sin levantar la mirada del suelo.

El Tesorero asintió y se colocó frente a él, y con dos toques en los hombros con una espada engarzada de rubíes, le prometió los títulos que ostentaran las cabezas clavadas en las picas que trajera.

Se plantó con la misma expresión risueña y cargada de autoridad frente a Rendren. ¿Quedarte y cobrar doble, o luchar y prosperar?

—Rendren del Acero, ¿Quedarte y cobrar doble, o luchar y prosperar?

Rendren sin levantar la cabeza del suelo eligió luchar y prosperar como había hecho Gormak , y el Tesorero volvió a repetir el ritual de la espada.

El pueblo volvió a rugir. Y yo me di la vuelta con la esperanza completamente diezmada.

—Lorhen del Roble, ¿que opción eliges? —escuché mientras me abría paso entre las anchas espaldas Zuruk.

—«Luchar y prosperar, mi señor»—me burlé en voz baja tratando de copiar lo que Lorhen estaba a punto de contestar. Pero para mi sorpresa, Lorhen no contestó eso. De hecho no contestó nada. Se quedó en silencio,

sobrepasando al Tesorero y observándolo desafiante por encima del hombro.

Sorprendido, me detuve y volví a mirar, tratando de abrirme un hueco entre las axilas de dos Zuruks.

Lorhen, en lugar de arrodillarse como habían hecho los otros capataces, se quedó de pie.

—Capataz del Roble, ¿que opción eliges? ¿Quedarte, o luchar? —preguntó de nuevo, mucho más irritado y amenazante, como una serpiente tratando de defender sus huevos.

—¡Léraes isma en! —respondió en Zerk antiguo.

El pueblo enmudeció. Lorhen al fin se arrodilló frente al Tesorero, que ignorante, e imaginándose que al igual que los otros capataces había dicho «Luchar y prosperar, mi señor» en su idioma barbárico, sacó su espada para repetir el ritual.

Para sorpresa del Tesorero, y antes de que el acero humano contaminara sus puros y anchos hombros de Zuruk curtido por la artesanía, Lorhen se sacó una daga del jubón y se rajó el cuello frente a su gente. Sus ojos se entornaron hacia arriba en un blanco rojizo y cayó de espaldas, a plomo sobre el suelo levantando una nube de polvo sobre un río carmesí. La sangre le salpicó de lleno al tesorero, convirtiendo el azul y el magenta de sus ostentosas ropas en un escarlata oscuro.

Al igual que la mayoría de los que estábamos en la plaza, me llevé las manos a la cabeza. Sabía poco de Zerk antiguo, pero el suficiente para entender que Lorhen nos había informado de que todo esto era una treta de la cual ellos sacarían provecho y no nosotros. Los Pieles Clara nos estaban engañando.

Un olor fuerte y ácido me empezó a llegar al instante. La ira brotaba literalmente de la piel de los Zuruks, era el famoso Sudor de guerra, que cuanto más enfadado estuviera un Zuruk, más fuerte y agrio era el olor.

Antaño habíamos sido un pueblo muy distinto a lo que nos habíamos convertido. Orgullosos y fuertes, ganábamos batallas sin luchar, solo con el olor que les llegaba a nuestros enemigos. Hasta nuestra caída a manos de la magia.

El Tesorero arrugó la nariz, e hizo una mueca de asco antes de que desde varios focos de la multitud, tres decenas de Zuruks furiosos cargaran contra él en estampida. Los que habían creído en Lorhen, la mayoría gente de su Gremio, actuaron por instinto, nuestro famoso instinto, y

trataron de apresar al Tesorero.

El hombrecillo, que permanecía completamente indefenso frente a la tromba que corría hacia él sobre una nube de polvo, levantó la mano derecha con una mezcla de pereza y solemnidad, y dibujó un círculo en el aire. Los treinta y tres Zuruks se frenaron en seco a escasos centímetros de él, lo suficiente para que sus enormes brazos no pudieran alcanzarlo.

—Que desperdicio... —se le oyó susurrar mientras les hacía un gesto a sus hombres preparados en las murallas. Los arqueros tensaron los arcos, pero los bajaron de nuevo al darse cuenta de que la orden no se lo había hecho a ellos, si no a los Moldeadores que esperaban detrás. Sus disuasores. Los portadores del miedo capaz de amansar a toda una raza guerrera mucho más antigua que ellos.

Todos levantamos la vista y vimos como el viento ondeaba sus túnicas azuladas, y a pesar de la oscuridad que se ocultaba tras sus capuchas, se les reflejaron en los ojos los destellos dorados de la gente que es capaz de moldear. Apartaron con elegancia a los arqueros haciéndose cargo del trabajo, y estiraron sus brazos hacia los treinta y tres insurrectos que seguían inmóviles y a su merced. Muchos de ellos, que se habían movido por el instinto y por el olor del sudor, se mearon encima al ver a los Moldeadores asomar la cabeza por encima de la muralla. Suplicaron arrepentidos por su osadía, y trataron de liberarse de los lazos invisibles con toda la fuerza de nuestra raza, pero no eran capaces de soltarse. La serpiente apretó con fuerza sus ataduras y desencajó la mandíbula. El veneno brotó de sus colmillos.

—¡Que os sirva de lección, estúpidos Pieles Verdes! —el Tesorero bajó los brazos indicándoles a los Moldeadores que era su momento de alzar el telón.

Tras tres intensos segundos, juntaron sus palmas completamente sincronizadas produciendo un chasquido estridente que retumbó en mis oídos y en el de todos, y los treinta y tres valientes que habían elegido mala mañana para convertirse en héroes, estallaron en una amalgama grotesca de vísceras y sangre.

De nuevo los humanos habían ejercido con brutalidad su poder sobre nosotros. La magia contra un Zuruk era como el fuego contra las bestias del bosque. Nos bloqueaba y nos hacía estremecernos de miedo ante un poder que no éramos capaces de comprender, y mucho menos de manejar. Un poder capaz de exprimir como si fueran naranjas a una treintena de bestias del doble de tamaño que ellos.

El escenario se tiñó de rojo mientras la gente se retiraba las extremidades y los órganos que se les habían quedado colgando en alguna parte de su cuerpo. A mí no me llegó en gran cantidad, pues al igual que aquellas

moles me impedían ver con facilidad, también impedían que me llegara la sangre.

Vi como el Tesorero se pasaba con cautela la lengua alrededor de los labios rebañando la sangre que le había salpicado. Un pequeño brillo en sus ojos reflejó que la había disfrutado. Se volvió hacia nosotros.

—Por estas cosas es por lo que no se os permite entrar a la Capital así como así. Y encima, cuando estamos a punto de daros privilegios... ¡ZAS! —el gesto fue tan contundente que los Zuruks que observaban amedrentados, retrocedieron— Escupís sobre nuestra confianza. ¿Alguien más quiere hacerse el valiente? —preguntó desafiando al resto, que le respondió con silencio y sumisión. —Mañana quiero vuestras decisiones aquí mismo, al amanecer. Se os hará firmar. Y si por vuestras cabezas huecas se os pasa la idea de intentar alguna estupidez como la de hoy, me encargaré de que no quede ni un solo centímetro de vuestras mugrosas y húmedas pieles verdes sin incinerar. Aquí, al amanecer.

Se recogió su lengua afilada y se subió al caballo para perderse junto a su séquito de humanos tras la bóveda, antes de que las enormes puertas de mármol se cerrasen de par en par.

En mi interior todo era un cúmulo de sentimientos negativos a la deriva, mecidos por la repugnancia y el odio que se removía dentro de mi cuerpo. Quería gritar, llorar y golpear las enormes paredes de la muralla hasta deshollarme los nudillos y hacer salir de nuevo al Tesorero. Quería clavar su cabeza sobre una pica, pero era más probable que al día siguiente no saliera el Sol que conseguirlo.

Me escurrí entre la sangre y el agrio olor del sudor de los Zuruks que se había intensificado. Los llantos de las madres que acababan de perder a sus hijos inundaban la plaza entorno a una triste serenata de dolor. Mientras tras los muros, los humanos bebían, reían, y contaban con orgullo como nos habían engañado, sometido, y masacrado de nuevo sin una pizca de calor en la sangre.

Paseé alrededor de los Zuruks que lloraban a los suyos tratando de averiguar si conocía a algunos de aquellos pobres desgraciados que habían estallado frente a mis ojos como si fueran granos de maíz. Pero no vi llorar a ningún rostro conocido, por lo que cerré los ojos y suspiré. Me dí la vuelta y comprendí que mi yo sosteniendo las dos monedas de oro, vivía solo en los sueños y mis anhelos, y que el muchacho que no tenía más que el frío y la miseria, debía actuar sin necesidad del dinero manchado de sangre que nos habían prometido.

Corrí abriéndome paso lo más ágil que pude entre la multitud. Rebañé las pocas fuerzas que me quedaban y salí de la plaza. Crucé por el callejón del Acero, y aproveché que aquella parte del barrio estaba desierta, pues

todo el mundo había acudido a la plaza a ver lo que había sucedido tras el estruendo.

Al llegar a casa vi a mi madre todavía tumbada en la cama recubierta por las mantas. Como no respiraba decidí asegurarme rápidamente que seguía viva, y con las manos temblando por el frío y los nervios, le clavé el pequeño alfiler con suavidad en la yema de su dedo índice. Esta vez, y por primera vez en tres meses no sangró, y una lágrima que trató de salir de mi ojo derecho, fue engullida de nuevo por el enorme vacío que se había desatado en mi interior.

Le quité las mantas dejando su pecho al aire, y clavé la aguja a la altura del corazón. Un fino reguero de sangre empezó a brotar; le quedaban muy pocas horas, e incluso minutos. Cada segundo era un milagro.

Tenía que ir a ver a Délunor cuanto antes y suplicarle que me fiara un frasco de dos días, lo suficiente para que mi hermano llegara con la medicina que había ido a buscar a Rúbeah.

Con más apremio que antes, salí de casa en dirección al Barrio del Azún. La gente ya estaba volviendo de la plaza, y la mayoría lo hacía en silencio, ensangrentados y todavía con los restos de sus vísceras colgándoles del pelo y la ropa. Cargaban con el hambre y dolor con la mayor dignidad que conseguían reunir, mientras que otros corrían agitados de arriba a abajo zarandeando antorchas y herramientas de forja. Los esquivé con la suficiente avidez como para escuchar lo que decía la gente. El olor del sudor de Guerra de los Zuruks empezaba a sobreponerse al de la mugre, al del agua estancada y al hollín.

«Mal asunto» pensé, pues en aquella zona del Rabal se hablaba de venganza y de odio. Se hablaba de recuperar lo que era nuestro, de aplastar a los humanos y asediar la Capital. Volví a suspirar.

Una vez dejé la zona metalúrgica me adentré en el barrio del Carbón, en el cual se hablaba de las estupideces que habían cometido tanto los trabajadores de Lorhen, como el mismísimo capataz desgarrándose el pescuezo en lugar de aceptar el trato de los humanos. Aquellas ideas solo podían dar lugar a dos posibles consecuencias, y las dos desencadenaban en conflicto y masacre. Una guerra civil entre los Zuruks, o un intento por asediar la Capital, que no acabaría de una forma muy distinta a lo que acababa de suceder.

Me coloqué la capucha sobre la cabeza tratando de ocultar mi identidad, y doblé la esquina que daba al Barrio del Azún.



## Capítulo 4

### Capítulo 3 "El valor de aquel que dice tenerlo"

El Barrio del Azún era el que más oculto estaba a los ojos de todos, era un callejón oscuro en el que se practicaba la hechicería Zuruk, y que solo encontrabas si sus mercaderes creían que eras lo suficientemente supersticioso como para valorar sus mercancías como es debido y no perturbar a los espíritus, que revoloteaban por el agujero en forma de fuegos fatuos. Estaba bastante apartado del resto de los Gremios en los que se trabajan con cosas tangibles, y cubierto de un incienso denso y el ligero murmullo de los espíritus. A pesar del Sol de la mañana, los rayos no conseguían atravesar la espesa neblina que cubría el callejón, por lo que allí se vivía en una noche perpetua.

Había varios puestos cubiertos por cortinas de telas con colores vivos y símbolos más antiguos que nosotros mismos. Los mercaderes tenían la mercancía oculta tras las cortinas, pero lo suficientemente a la vista como para que los susurros de aquellos artefactos engatusaran a los curiosos.

Al contrario que en el Mercado, allí los vendedores no gritaban ni trataban de captar tu atención mediante el ruido y el engatusamiento de tu oído. Se limitaban a hablar lo justo para regatear, y lo suficientemente bajo como para no perturbar nada ancestral.

Desde que mi madre había caído víctima de la curnivina, tres meses atrás, me había convertido en un habitual de aquel agujero, en el que solo la gente desesperada y necesitada de la chamanería antigua se atrevía a entrar. Había escudriñado hasta el último de los puestos tratando de encontrar algún artefacto que sirviera para curarla, pero nada salvo el Vívidum de Délunor podía mantenerla con vida hasta que llegara Kener de Rúbeah.

Al fondo del callejón, había una pequeña carpa entreabierta hecha de telas y cuero, de la que salía un humo blanco y denso como si se estuviera quemando aluminio en su interior. Separé con cuidado las telas que conformaban la entrada de la tiendecita, y me adentré en aquel mundo completamente ajeno.

Me quité la capucha y abrí las pupilas tratando de captar un poco más la luz, pues la tienda estaba mucho más oscura de lo que lo estaba el exterior. Reinaba un ambiente solemne y cargado de incienso, lleno de velas y silencio. Entré despacio como hacía siempre, como si el suelo estuviera cubierto de clavos y tuviera que pisar con cautela.

Examiné los objetos expuestos sobre las estanterías, algunos los había visto ya y otros no; la mayoría eran lámparas de aceite con grabados en

Zerk, relojes y frascos con líquidos que parecían tener vida propia y que danzaban al son del silencio. Había también muñecos hechos de cáñamo y barro, con alfileres clavados por todo el cuerpo, los cuales te susurraban directamente a la cabeza, sin necesidad de pedirle permiso primero a tus oídos para entrar.

Sin embargo, lo que más me llamó la atención fue un espejo que estaba escondido tras cuatro frascos que contenían algo similar a vísceras y renacuajos que flotaban en el líquido denso y verdoso.

Con delicadeza, aprovechando que mi mano era más fina que la media, la introduje tras los frascos con sumo cuidado tratando de sacar el espejo. Era simple y burdo por fuera, hecho de ramas y cuerdas, con un cristal rectangular sucio en el centro. Lo que me llamó la atención fue que el cristal no había reflejado mi rostro al pasar, y tampoco seguía haciéndolo mientras lo sostenía frente a mí, entre mis manos. Reflejaba todo lo demás con más o menos nitidez, incluso el humo del incienso que flotaba a mi alrededor. Pero no a mí.

Sentí en mi nuca una débil brisa escarchada que me erizó el vello. Después de tres meses viéndolo cada pocos días, aún me sobresaltaba.

Detrás estaba Délunor, observándome como si llevara horas haciéndolo. A pesar de ser un Zuruk, era pequeño y enjuto, con el cuerpo arqueado hacia delante. Su piel no era verde si no gris, y tenía unos cabellos gruesos y trenzados de un blanco apagado que le caían en cascada sobre los hombros. Délunor era viejo como el mismísimo Zerk, pero no transmitía la fragilidad de alguien que si lo era. Sin embargo, sus ojos infundían un respeto que iba mucho más allá de lo tangible, de un blanco claro sobre un fondo negro, sus ojos parecían tragarse cada haz de luz que trataba de llegarles. Todo en él era viejo, a excepción de sus dos colmillos inferiores, blancos y robustos, que le llegaban a la altura de la nariz. Los tenía igual de cuidados que sus ropajes. De cada uno de ellos, le colgaba un pequeño amuleto de madera con una piedra oscura en el centro del tamaño de un hueso de aceituna.

Sus ropas estaban pulcras y sin deshilar. Vestía una túnica de color verde oscuro, con bordados violetas que le recubrían desde el pecho hasta la cintura. Sin duda la tela era cómoda y ligera, tan ligera que parecía ondear al son del incienso. Délunor me sonrió.

—El espejo de Gúlfren. —carraspeó con una voz seca pero amistosa.  
—Lleva ahí detrás más tiempo que la tienda a mi cargo, y nunca nadie se había fijado. Tienes buen ojo —sonrió.

—Lo refleja todo menos a mí. —afirmé dubitativo, colocándomelo frente a

la cara desde distintos ángulos.

—Y que jamás te refleje muchacho, o eso significaría que esa espalda esmirriada que tienes para ser un Zuruk, cargaría con un peso muchísimo mayor que el de mantener viva a tu madre. —dijo arrancándomelo suavemente de entre las manos. —Este espejo es lo único en esta humilde tienda que no me atrevería a regatear, y sin embargo, el precio para ti no sería el mismo que para cualquier otro.

—¿Y cuál es su precio para mí? —pregunté.

El chamán soltó una carcajada y me miró sin pensárselo mucho.

—Mmm... diez monedas de oro y cuatro de plata. —me informó sin vacilar.

Los ojos se me abrieron como platos y lo dejé donde lo había encontrado antes de que se me cayera por accidente al suelo y me viera obligado a venderle mi alma a Délunor para pagarlo por romperlo.

—Ven, hablemos de negocios. —repuso haciéndome un gesto con la cabeza para que lo siguiera. —Imagino que no estarás para perder el tiempo. —Asentí.

Me llevó al fondo de la tienda y desabrochó unos botones que conformaban una pequeña entrada a otra habitación.

Era una sala mucho más grande y también cargada de humo, pero con otro aroma distinto al del incienso. Era un olor ácido y áspero propio de la alquimia, que te rascaba los ojos y los hacía lagrimar, te secaba la garganta y escocía en la piel.

Ya no estábamos en la carpa, si no entre unos muros de arenisca. Miré extrañado las paredes, pues no había ningún edificio alrededor de la tienda con el que pudiera conectar, y luego miré a Délunor buscando una mirada de complicidad, pero siguió avanzando como si para él no fuera inusual. Era un lugar completamente distinto a una tienda. No había expositores ni nada con precio, si no frascos y herramientas de alquimia esparcidas por dos largas mesas esquineras. Tenía polvos de todo tipo de colores y densidades, al igual que raíces y plantas machacadas en cuencos y almacenada en tarros. Allí era donde Délunor destilaba sus potingues.

Me invitó a sentarme en un pequeño taburete alejado de una de las mesas donde se había puesto a trabajar mezclando componentes que humeaban y burbujaban al combinarse. Se arremangó, mostrando un brazo arrugado y cubierto por unos extraños tatuajes negros, y a pesar de lo

viejo que era, no parecía para nada frágil.

—Me veo en la necesidad de pedirle un favor, señor. —dije yendo al grano, pues cada segundo que pasara allí sentado sería un posible segundo en el que mi madre podría haber muerto.

Délunor siguió mezclando y trasvasando líquidos de un frasco a otro.

—Y deduzco por tu tono de voz que no tienes dinero para pagar dicho favor. —inquirió con serenidad.

—No, pero lo tendré —me saqué de uno de los bolsillos del jubón la carta de mi hermano que me había llegado hacía tres días, y me levanté para entregársela, pero el chamán se volteó haciéndome un gesto con desdén para que me quedara sentado.

—Si lo que me vas a pedir es Vívidum muchacho, siento decirte que no me queda la cantidad de órdago que necesitas—dijo mientras calentaba un frasco con agua, que oscilaba entre tonos claros y ámbar a medida que se calentaba.

En ese momento, el corazón se me aceleró. No sabía que era el órdago, pero imaginé que sería el componente principal del Vívidum.

—Mi hermano llegará dentro de dos días. ¿No tiene suficiente órdago para mantenerla viva dos días más? —le pregunté dibujando un ruego.

Délunor negó con la cabeza y se volteó para entregarme un pequeño cuentagotas con el líquido ámbar que había preparado.

—Esto es todo lo que me queda. Solo para un día más. —me entregó el cuentagotas y lo cogí con mucho más cuidado que el que había tenido al devolver el espejo de Gúlfren a su sitio. Como si aquel pequeño frasco de agua sucia fuera el objeto con más valor del mundo.

Por el color claro y la falta de densidad de la mezcla, muy similar a un frasco lleno de orina, deduje que Délunor había hecho lo mismo que yo, y había rebañado de sus otros frascos los pocos grumos de Vívidum que le quedaba.

Empecé a maldecir mi desdicha y a quedarme sin aire, como cuando te caes de espaldas y se te corta la respiración.

Había conseguido mantener viva a mi madre durante tres meses. Todo el dinero que ganaba lo gastaba en Vívidum, y en que no muriera de una hipotermia o cualquier otra cosa peor. Tres largos meses de pasar frío y hambre, pues siquiera tenía para leña ni pan. Y para rematar mi desdicha, a solo un día de que llegara mi hermano con la medicina desde Rúbeah,

mi madre habría muerto sin que yo pudiera hacer más que llorarla mientras me despedía de su alma, que ya suficiente tiempo llevaba enroscándose débilmente alrededor del hilo de la vida.

En aquel instante lloré como jamás lo había hecho, sin embargo, mentiría si dijera que aquella sería la última vez que lo haría con tanta intensidad.

Délunor colocó con delicadeza la mano sobre mi hombro, y me miró una mezcla de compasión y pesar, como si aquellos ojos opacos pudieran ver la tormenta que se había desatado dentro de mí. Carraspeó y trató de darme el consejo más sabio que la persona más sabia del Rabal podía darme:

—Pasa el último día sin despegarte de ella, y despídete como es debido.

Mis ojos se clavaron en la profundidad de los suyos, y pregunté guiado por la rabia:

—¿Por qué no has conseguido más órdago si sabías que lo necesitaba? ¡Llevo meses dándote todo lo que tengo y más!—al instante palidecí tras mi osadía.

—El órdago crece más allá del Salto, muchacho. —me empezó a explicar Délunor, manteniendo un tono de voz sereno. —Les pertenece a sus gentes, y ahora mismo no somos precisamente sus amigos. Ese cuentagotas es todo lo que me quedaba en la reserva. Yo también estoy teniendo mis problemas con los suministros, ¿sabes? —por primera vez había mostrado en sus ojos un destello de fragilidad. —Aunque no lo parezca soy más viejo de lo que debería ser, y al igual que tu madre, también necesito alguna que otra ayuda de nuestras amigas las plantas, y algunas de las que preciso con urgencia también crecen tras el Salto.

De nuevo la ira empezó a hervir dentro de mí, y me golpeé fuertemente la pierna con tal de no golpear nada valioso.

—¡Pero si han sido ellos los que nos han atacado! ¡Lo ha dicho hace un rato el Teso...! —yo mismo me respondí al instante, dándome cuenta de que lo que acababa de gritar no tenía sentido alguno. Nada de lo que las lenguas bífidas de los pieles clara pudieran sisear lo era. Suspiré. —Han sido los pieles clara quienes han iniciado esta guerra, ¿verdad?

Délunor asintió con la cabeza.

En ese momento quise levantarme y despedirme de mi madre con mis actos en lugar de con las palabras. Quise salir de la tienda y plantarme frente a la Bóveda, hacer salir al Tesorero y al Rey, y vengarme de la manera más cruel posible. Deseé poseer el poder de Lúmen y abrasarlos a todos con su fuego. Deseé tener la sabiduría de Réa y hurgar en sus

mentes desde la distancia y hacerlos enloquecer hasta que se destriparan a sí mismos y retozaran entre sus vísceras. Deseé que todos y cada uno de ellos sufrieran el mismo destino y la agonía que había sufrido mi madre y el pueblo Zuruk. Empecé a notar como las raíces de mis colmillos palpitaban descontroladas, y el olor agrio de mi sudor se mezclaba con el del incienso.

—Esa ira que sientes te matará muchacho. La entiendo perfectamente y comparto como Zuruk que soy, pero debes calmarte, es peligroso. —me sugirió con sabiduría de nuevo el chamán.

—¡No me importa morir si lo hago frente al cadáver del Rey de Taris!  
—gruñí. Insensato de mí.

—No es por la estupidez que puedas hacer y lo que le cueste a tu propia integridad, si no lo que puedas desencadenar para todos. Cuidado con lo que desees. ¿No has oído hablar de los la Orden de Gherún?

En aquel momento de lo único que era consciente era de la ira que hervía recubriendo mis entrañas. Aquellas palabras de Délunor las interpreté como las palabras de un viejo chamán al borde de la demencia, sabio sí, pero al fin y al cabo un viejo expuesto constantemente al incienso. Ojalá no haber sido tan estúpido.

Las emociones me gobernaron por un instante; el instante en que preferí ver muerto al Rey de Taris y mis manos bañadas por su sangre, que haber salvado a mi madre. Délunor arrugó la nariz ante el olor que desprendía, y suspiró. Vi miedo. Vi de nuevo su fragilidad.

Un ligero silbido en forma de viento recorrió la sala, zarandeando las llamas de las velas. Los dos nos volvimos hacia la esquina donde se perdió el sonido. Délunor cerró los ojos y murmuró algo en Zerk casi sin voz. Al abrir los ojos, su fragilidad se había perdido, destronada por el miedo y un deber antiguo.

—¿Estas seguro de lo que dices Erien?

Vacilé por un instante, sobretodo por que jamás le había dicho mi nombre, pero asentí, pues así era. Habría sacrificado el último día con mi madre que me había regalado Délunor con tal de ver al Rey desangrándose como a un cerdo.

—Muy bien. —espetó dirigiéndose a la otra mesa esquinera. —Pero, te vuelvo a repetir —sus ojos se habían aferrado a los míos como un clavo ardiendo. —¿Crees tener el valor de aquel que dice tenerlo?

Dudé un segundo, el más eterno de los segundos que había experimentado en mi vida. Me dio tiempo a pensar en mi madre, en mi



hermano, y a observar aquella habitación infestada de secretos. Sentí mis colmillos tratar de hacerse un hueco en mis encías, sentí el sudor embadurnando mi piel y la estancia con su fuerte aroma. Los ojos de Délunor me miraban con nostalgia; la pena y la compasión habían desaparecido. Sin embargo, para él, aquella nostalgia parecía ser algo mucho más peligrosa que cualquier otro sentimiento compasivo.

Tras aquel largo segundo, estúpido de mí, asentí, y gracias a aquel ligero e inofensivo movimiento de cabeza de arriba a abajo, tú estás leyendo estas letras que entre lágrimas y sangre escribo.

—Muy bien, que así sea.

De la mesa agarró un bote de cristal que albergaba en su interior un hilo dorado del grosor del dedo de un Zuruk, que reposaba en vertical desde la tapa hasta el fondo del tarro. A pesar del grosor, el centro del hilo se había resquebrajado, y le faltaba únicamente un soplido para que se deshilara por completo.

—Tu sangre. —me entregó un pequeño alfiler y me informó con un ligero gesto que me pinchara el dedo.

Por un instante vacilé, pero hice lo que me pidió. Mientras dudaba, Délunor abrió el tarro y me lo acercó.

—Que la sangre caiga aquí, en el hilo.

—¿Esto matará al Rey? —bromeé tratando de calmarme mientras estrujaba la yema de mi dedo índice sobre el hilo, pero no hubo respuesta por parte del chamán.

La gota cayó y lo tiñó rápidamente, como si el hilo se hubiera alimentado vorazmente de ella. De nuevo la brisa empezó a correr por la sala con más fuerza, capaz ya de apagar las velas y hacer silbar el cristal de los frascos, e incluso hacer ondear nuestro grueso pelo y ropajes. El chamán se sentó en una silla de madera, y puso los ojos en blanco, recitando un cántico en un idioma que desconocía. Sabía poco Zerk, pero sabía lo suficiente como para darme cuenta de que aquel idioma no lo era, tenía que ser mucho más antiguo.

El hilo empezó a vibrar con tal fuerza, que parecía que iba a partirse en dos. Acto seguido, la sangre que ya había descendido por el hilo empezó a hervir, goteando un líquido oscuro y denso como la brea que burbujeaba en el fondo del tarro.

—iOnstae Mera, Onstae Freia, Noh'kar Télune Rensha né! —exclamó con contundencia, como si tratara de invocar algo que no era de este mundo.

Y así fue.

Un susurro estridente recorrió la habitación, y mi visión empezó a nublarse, fusionando los elementos de la sala con el humo del incienso. La voz se hacía cada vez más aguda y trataba de penetrar en mi cabeza a la fuerza. Por un instante sentí como si el terciopelo de su voz rodeara mis pensamientos y los estrujara con la intención de exprimirlos y someterlos a su voluntad. La voz femenina y dulce, heló por dentro poco a poco mi cuerpo. El frío gélido empezó a rondar por mi cabeza, para pasar después a mis ojos, y luego rasgarme toda la garganta de arriba a bajo. Sentí un fuerte nudo alrededor de mi pecho que se extendió a mi corazón, y lo abrazó. Notaba con cada latido como la voz revoloteaba y escudriñaba en lo más profundo de él, como si le clavara astillas de hielo que se resquebrajaban con cada bombear.

Sentí un estallido descontrolado de emociones, como si todas y cada una de las sensaciones que había experimentado a lo largo de mi vida lucharan por imponerse la una sobre la otra. Pasé de la euforia a la tristeza, de la pena a la alegría. Lloré, reí, todo en un solo instante, hasta que con un potente chasquido cerca de de mi pecho, Délnor atrapó con los dedos aquella voz desde lo más profundo de mis entrañas y la encerró en el tarro. Sus ojos volvieron a ser grises y opacos, y empezó a respirar agitado.

—Ya está... —suspiró cerrando con fuerza el tarro, como si algo se resistiera dentro de él.

No entendí nada de lo que había sucedido. Sin embargo me sentía exhausto, como si acabara de correr ciento cincuenta kilómetros sin parar. Pero poco a poco fui recuperando el control de mi cuerpo, y sobretodo de su calor. Había estado al borde de la hipotermia, pero fui recuperando la temperatura y a manejar a placer mi respiración. Las velas se encendieron solas de nuevo y los frascos de cristal dejaron de repicar.

Tuve la sospecha y a la vez la certeza, de que las fuerzas que habían revoloteado por la sala y hecho estragos en mi interior, eran fuerzas mucho más antiguas que la propia creación. Y así fue. Délnor me explicó que lo que acababa de hacer era un pacto con Télune, la Iniciadora.

Télune había aceptado el trato de mantener viva a mi madre hasta que llegara mi hermano con su medicina, a cambio de algo que el chamán obvió al informarme, como si quisiera que me centrara únicamente en el beneficio que a mi parte se refería.

Al recobrar por completo el control sobre mi cuerpo, noté una pequeña quemazón a la altura del pecho. Con cuidado, levanté la arpillera raída que me cubría el torso, y observe una ligera marca de color claro, como una débil cicatriz que se oscurecía en mi verde piel. Era un círculo

imperfecto atravesado por una runa similar a una "U" inversa; Télune me había marcado. Me convertido en esclavo de un mito.

—¿Que ha pedido a cambio? —pregunté con la voz ronca y entrecortada nada más recuperar el habla.

La oscuridad recorrió la cara de Délunor y la ensombreció. Dejó escapar un suspiro que me envolvió, arropándome alrededor de un aura de pena y pesar, como si sintiera lástima por mi.

—El corazón de un Rey. Lo que el tuyo tanto ansiaba —dijo con una expresión que parecía de culpa, pero con un ligero aire perturbador. —Un precio bajo para quien tiene el valor que dice tener, y pobre de todos nosotros como no sea así. —dijo antes de desaparecer frente a mí, como una sombra a la que el primer rayo del sol se ha llevado. Fugaz. Se esfumó en un efímero instante.

El corazón se me volvió a helar. Vomité sobre la madera. Sentí un ligero escalofrío que me bajó desde la coronilla a la punta de los pies. Cerré los ojos. Y luego escuché el sonido sordo de un cuerpo cayendo a plomo sobre la madera.

## Capítulo 5

### Capítulo 4 "Segundo Ciclo: Día 1"

—¡Despierta Erien, despierta! —sentí aquella voz en la lejanía. Mis párpados seguían siendo incapaces de separarse el uno del otro. Hasta que se abrieron a la fuerza.

La luz del sol me acuchilló los ojos, y traté de volver a juntar de nuevo los párpados, pero el Zuruk mugriento que los tenía sujetos con el índice y el pulgar de una mano, me estaba golpeando en la cara con la otra.

—¡Despierta muchacho! ¿Estás ahí? —continuó con ahínco azotándome en las mejillas.

El dolor ocular cesó, y pude distinguir por completo su figura. Era Rien, un compañero de la fragua que estaba tratando de despertarme. Me acababa de encontrar tirado en el patio trasero de la fundición, sobre los escombros y la escoria que desechábamos. Me dolía increíblemente la cabeza a la altura de la sien, que me palpitaba al ritmo del corazón. Sentía el dolor punzante, como si me clavaran alfileres en una herida infectada, y me llevé la mano justo donde se concentraba el dolor. Toqué el bulto que dominaba el lado izquierdo de mi cabeza, y las punzadas se intensificaron.

—Un buen golpe sin duda. —afirmó tendiéndome su mano para que me levantara. —En cuanto entres te van a preguntar por la bestia que ha sido capaz de levantar un yunque y atizarte con él en la cabeza. —soltó una carcajada que precedió a un ligero ataque de tos característico de quien funde todo tipo de metales y respira su humo.

Por el dolor que sentía, y por la cara que había puesto Rien, debía de haberme caído y abierto la cabeza con algo. En ese momento recordé la marca de mi pecho, a Délunor desapareciendo frente a mis ojos, a la voz aterciopelada...

Con la ayuda de Erien me levanté del suelo y me di la vuelta. Debía comprobar si mi madre seguía viva, y un par de cosas más.

La primera debería haber sido comprobar si de verdad tenía la marca en el pecho o había sido un sueño, como en los cuentos de "Serr'anum el Insomne", pero no me pareció prudente hacerlo delante de Rien. Pues poco tardaría en enterarse todo el Rabal de mi nuevo tatuaje en caso de tenerlo.

Por lo que había escuchado cuando corría hacia la tienda de Délunor, el Rabal estaba dividido en cuanto a sus lealtades. No sabía interpretar lo que significaba textualmente la marca, por lo que no quería arriesgarme a

que la cláusula principal de mi contrato con Télune estuviera escrita en mi pecho en el idioma que algún estúpido Zuruk afín a los Pieles Pálidas pudiera leer. «La cabeza de un Rey»

—¿Te vas? ¿Con semejante agujero en la cabeza? ¿Infectado y lleno de pus? —preguntó estirándome hacia dentro. Traté de utilizar la poca fuerza que tenía en volverme en dirección contraria. —Alguien te tiene que coser eso. —volvió a estirar hacia él —¿Cómo cojones te lo has hecho Erien? Además, Urken está que trina, esta mañana no te has presentado a la reunión en la plaza para firmar tu alistamiento, ni tampoco a trabajar. Si le dices que te emborrachaste anoche y le enseñas ese agujero en la cabeza es posible que se apiade de ti.

En ese preciso instante, otro escalofrío recorrió mi espalda de arriba a abajo. Si ya había tenido lugar la firma de la plaza, significaba que ya había pasado un día y medio desde lo de Délunor.

—¡Mi madre! —con una fuerza inexistente, pero suficiente, me zafé del brazo de Rien y corrí en dirección contraria hasta perderlo de vista al doblar la esquina.

—¡Erien, Erien! —se le escuchaba gritar a lo lejos desde la calle contigua. —¿Dónde cojones vas?!

Siguió insistiendo poco. Probablemente habría pensado que seguía borracho y vio más productivo dejar de insistir y volver al trabajo.

Mientras corría por las calles sentía una curiosidad casi incontrolable por levantarme la arpillera y comprobar si tenía la marca de Télune en el pecho, pero no era capaz de pasar desapercibido por las calles a rebotar en pleno bullicio tras el ajetreo de la mañana. Estaba sucio, cubierto de polvo y sangre, y corría como si viniera ya de haber matado al Rey.

Por el fuerte olor a sudor, determiné que la mayoría del Rabal había decidido luchar junto a los Pieles Clara contra las gentes de más allá del Salto.

No los juzgué, pues no era quien, y mucho menos si lo que había hecho el día anterior en la tienda de Délunor había sucedido de verdad. Entregar tu vida a una panda de monstruos de piel fina era mucho mejor que entregarla a un mito antiguo y cruel.

Corrí reprimiendo como pude la curiosidad hasta mi casa, lo primero era ver si mi madre seguía viva, o si tenía que enterrarla como se merecía, lejos de la pocilga en la que vivíamos.

El camino se hizo eterno, pues las enormes espaldas de los Zuruks atascaban calles y callejones. Al entrar a casa, comprobé en primer lugar

que el cuerpo de mi madre estaba donde lo había dejado. Me acerqué a él conteniendo la respiración, a pesar de que había corrido un kilómetro y medio y necesitaba dar bocanadas del tamaño de un puño.

La magia demoníaca con la que había pactado había cumplido su parte del trato. Mi madre no solo sangraba por las yemas de los dedos como jamás lo había hecho desde que cayó enferma, si no que además respiraba. La sangre le había vuelto a fluir por las venas, colorándole con un tono rojizo su pálida y verdosa piel. Era como si simplemente estuviera durmiendo. Sólo le faltaban sus característicos y contundentes ronquidos.

—¿Mamá? —pregunté al borde del éxtasis, pero no me contestó. Aunque realmente me dio igual. Con solo ver como los harapos que le recubrían el pecho subían y bajaban al son de su respiración, ya era suficiente. Pero dí un suspiro que se llevo una parte de mi felicidad al levantarme la arpillera y ver que efectivamente, tenía la "U" inversa cruzando mi pecho. Todo había sucedido de verdad, así que me tocaba a mi cumplir con mi parte del trato.

Por un instante, pensé en no cumplirlo. A solo un día, después de tres largos meses, mi hermano ya estaría atravesando los pueblos exteriores de Taris con la medicina en su bolsa, y con las cuatro monedas que me había escrito que traía, podríamos haber intentado huir. Lejos, muy lejos de aquel agujero. A los bosques, con los Ruhnen, dentro de las cortezas de sus gigantescos árboles.

—«Pobre de ti muchacho como rompas nuestro acuerdo»—siseó la voz aterciopelada dentro de mí cabeza, e hizo arder la marca de mi pecho con tanta intensidad, que sentí como la piel se me fundía con la tela de la arpillera. Me estremecí de dolor. Télune había rodeado mi corazón con sus garras hasta hacerlo arder, para luego exprimirlo con tanta fuerza, que la sangre estuvo a punto de reventarme las arterias y pintar de rojo las paredes de madera podrida.

Era su esclavo. De la voz más bella que escuché jamás, pero también la mas peligrosa.

El dolor del quemazón no cesó, ni a los cinco minutos ni a la hora. El dolor permanecía en mi pecho, recordándome grabado a fuego que tenía un trato con la más cruel de las Faifas, y debía cargar con él.

A las tres horas conseguí acostumbrarme al dolor. Recostado al lado de mi madre, aproveché aquel calor intenso que Télune se negaba a menguar y lo usé para protegerme del frío. Volteé aquel castigo a mi favor. No había vuelta atrás.

Me miré las manos. Débiles a pesar de todo lo que trabajaba en la fragua. Débiles a pesar de mi genética Zuruk. Eran verdes pero poco escamosas.



Eran unas manos delicadas y frágiles, o por lo menos lo eran si era con lo que tenía que saldar la deuda.

«¿Son éstas las manos capaces de matar a un Rey? ¿Al Rey más poderoso de los cuatro reinos? ¿Al Rey de Taris?» —me pregunté abriendo y cerrando el puño suavemente. Exhalé con un suspiro un aliento gélido que danzó alrededor de la luz de la luna que entraba por la ventana.  
—«Tendrán que serlo».